para sostener, él solo, la lucha sin ayuda extranjera? Nueve opinan que sí, y nueve opinan que no. Como Lares, por ser presidente, tiene doble voto, y ha votado por el sí, gana este partido. Se les informa a los opositores que es posible obtener quince millones de pesos y formar un ejército de treinta mil hombres, de los cuales dieciocho mil están ya bajo las armas.

Algunos de los miembros del Consejo se obstinan: es preciso exponerle francamente la solución al emperador y hacerle comprender que la única solución es abdicar. Es inconveniente comprometerlo más porque no hay salida para él, repiten don Luis Robles Pezuela, don Juan de Dios Peza, y don Francisco Somera. Se pasan por alto sus objeciones.

Y el 28 de noviembre, ante las conclusiones de sus consejeros, Maximiliano decide permanecer en México. Recibió una carta de Gutiérrez que reforzó su determinación. A pesar de los rumores que corren, escribe el viejo partidario, se sabe bien que el emperador, fiel a las tradiciones de los Habsburgo, no piensa en abandonar su puesto a la hora del peligro. Un soberano debe consagrarse al Estado y a la patria. "¿Qué general abandonaría su mando en el momento de librar una batalla, por alguna razón personal, por grave que pueda ser? La emperatriz sacrificó su salud, y hubiese sacrificado su vida, y todo el mundo la admiraba. Aclamarían al emperador si mostrara el mismo valor, el mismo amor por el sacrificio. Podría salir victorioso, y la emperatriz, curada, podría volver cerca de él. Si fracasaba, tendría a lo menos el sentimiento de haber empleado todos los medios humanos y de haber mantenido su honor y el de su familia". Maximiliano no resistía este lenguaje.

Conserva, por otra parte, algunas ilusiones. Una vez partidos los franceses, la situación puede volverse en su favor. ¿No dijo él mismo hace poco?: "Sé que la presencia de los franceses es un obstáculo que les impide a los mexicanos manifestar su afecto por mí; es necesario tener paciencia". Y luego, abdicar el poder en manos de extranjeros, sería una traición. Ningún Habsburgo actuaría de esa manera.

Con su propia mano estipula "las condiciones con las que permanece". Arreglos para romper los lazos con los franceses, negociaciones con Estados Unidos, medios para procurarse dinero, organización del ejército, anulación de la Ley del 3 de octubre, mantenimiento de la corte marcial sólo para bandidos y ya no para los crímenes políticos. Tales son los puntos principales de su programa de acción. Luego piensa en los términos de la proclama que le dirigirá a su pueblo. Muchas veces corrige el texto de ella. Con gran estupor de sus consejeros, anuncia en este manifiesto la convocación de un congreso. Les prohíbe a aquellos que modifiquen una sola palabra. Si el congreso se pronuncia contra el imperio, le declara a Blasio, volverá de inmediato a Europa.

*
* *

En el puerto de Veracruz, la fragata norteamericana espera el anuncio del retorno de Juárez a México. Bazaine no se ha sorprendido por la llegada de este navío de guerra, porque el almirante Didelot, comandante de las fuerzas francesas del Atlántico, lo puso sobre aviso de la misión de Sherman. Por otra parte, Marcus Ottenbourg, encargado del consulado norteamericano en la capital mexicana, vino para informarse cerca de él para saber cómo, llegado el caso, recibiría a los norteamericanos si éstos se presentaban en la capital. De la manera más cordial, respondió, y con todos los honores militares debidos al general Sherman. Incluso se le concederá el honor de pasarles revista a las tropas francesas. Pero Sherman hace saber que no se dirigirá a la capital mexicana sino por invitación expresa del mariscal Bazaine, comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario. Invitación que, por evidentes razones, el mariscal no puede hacer.

A pesar de todo, se propaga el rumor de que se han emprendido conferencias franco-norteamericanas. Incluso se habla de un "tratado". Sí y no. Hay un acuerdo de principio entre París y Washington a propósito del retiro de las tropas francesas de México. Pero, en cuanto al régimen futuro de este país, los dos gabinetes tienen opiniones divergentes. El gobierno norteamericano sabe que Napoleón III, preocupado por organizar la sucesión de Maximiliano, hizo entablar negociaciones con el general Ortega, defensor de Puebla. Ahora bien, los Estados Unidos de Norteamérica quiere conservar a Juárez a quien no han cesado de aprovisionar de armas y hombres, y maniobran para que se le adhieran todos los jefes opuestos al imperio. Seward le ha dado instrucciones a Lewis Campbell, el nuevo cónsul, para contrarrestar la acción de los franceses y para prohibir que se reconozca, en cualquier caso que sea, al "príncipe Maximiliano"; para dirigirle todos los comunicados al presidente Juárez; para prohibir toda estipulación con los comandantes franceses y con todo partido que tuviese tendencias a oponerse a la administración de Juárez. Sin embargo, Campbell está autorizado a "conferenciar" con los demás

partidos o agentes, si fuese necesaria una conversación excepcional.

Washington declara también: "Es posible que se lleven a cabo algunos movimientos de fuerzas norteamericanas de tierra o de mar sin intervenir en los límites de la jurisdicción de México, ni violar las leyes de la neutralidad, sino únicamente para favorecer la restauración de la ley, del orden y del gobierno republicano del país". Es decir, del régimen aprobado por Estados Unidos.

Pero, por el momento, la misión de Campbell permanecerá en letra muerta. El 1 de diciembre, Maximiliano lanza una proclama a su pueblo y, al día siguiente, el *Susquehannah* leva anclas. El emperador no abdica.

*
* *

"Mexicanos:

"Circunstancias de gran importancia relativas al bienestar de nuestra patria, que han adquirido gran fuerza por causas de desgracias domésticas, habían producido en nuestro espíritu la convicción de que deberíamos devolver el poder que nos habíais confiado".

"Pero los ministros y el Consejo de Estado juzgaron que el emperador debería conservar el poder. Creímos que debíamos acceder a sus instancias, anunciándoles al mismo tiempo nuestra intención de reunir un congreso nacional sobre las bases más amplias y más liberales, en el que todos los partidos tendrán acceso. Este congreso determinará si el imperio debe subsistir..."

En este caso, será él quien promulgue "las leyes vitales para la consolidación de las instituciones políticas del país". Actualmente, se ocupan en proponerle al emperador las medidas oportunas y dar los pasos necesarios para que todos los partidos se presten a un arreglo sobre esta base. "Mientras tanto, mexicanos, contando con todos vosotros, sin exclusión de ningún color político, nos esforzamos en proseguir con valor y constancia la obra de regeneración que vosotras le habéis confiado a vuestro compatriota,

Maximiliano".

Esta proclama, obra personal de Maximiliano, que no tiene en cuenta absolutamente las realidades mexicanas, admira un poco a los que lo rodean, pero el hecho es incontestable: se

queda, y los conservadores no piden nada más. Al presente, está en sus manos.

En cuanto al emperador, está en paz consigo mismo. "Mi posición es la de un centinela que, fiel a su reglamento, permanece de facción hasta que lo releven de manera legal". Permanece un tanto en Orizaba cuyo clima le sienta bien, y se pondrá en camino para la capital el 12 de diciembre. La partida es triste. Maximiliano, muy emotivo, está abrumado de presentimientos, de temores, de ansiedad. Aquí, descansó verdaderamente. ¿Qué le reserva el porvenir? Durante el viaje, en Perote, en San Agustín del Palmar, se le recibe con entusiasmo en las haciendas, pero también con sorpresa, porque todo el mundo creía que había embarcado para Europa. Las personas sensatas hacen malos augurios acerca de este cambio y dicen abiertamente que su presencia reanimará la guerra, una guerra más sangrienta que nunca. Consideran con inquietud —porque inspira simpatía— a este desdichado Habsburgo, presa y víctima de los conservadores. En la carroza rodeada de soldados donde se halla el emperador, Blasio tiene la impresión de que todos están prisioneros, y lo obsesiona un recuerdo que no logra arrojar de su mente: el de Luis XVI regresando de Varennes.

En Europa creían en el retorno de Maximiliano, y Bombelles se dirigió a Gibraltar para recibirlo. El conde de Flandes dio un suspiro de alivio. "He aquí, pues, el final de esta deplorable aventura que hubiera valido infinitamente más no haber intentado". Pero a fines de diciembre, habiendo sabido la nueva decisión de su cuñado, le escribió tristemente a su tío, el duque de Nemours: "Parece que Max, en vez de volver a Europa, intentará la fortuna imperial con sus propios medios. Creo que su caída será más violenta de lo que hubiese sido, si se hubiese marchado ahora".